



moléculas

alfonso vallejo

© Alfonso Vallejo
ISBN: 84-400-2076-7
Depósito legal: M-58517-1976

Diseño y maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

www.novtiz.es
e-mail: comercial@novtiz.es

Moléculas

Alfonso Vallejo

Dejadme
en esta superficie lisa
un minuto más,
en este plano inclinado de la tierra,
sólo un segundo,
un instante más.

Dejadme recurrir al punto culminante de la noche
y al mordisco si es preciso,
montado en mí garganta,
subido a mí grito.

Quiero levantar mi estrella con los dientes,
resolver mi nudo con la boca
más allá de las encías y dedos.

Y esto que soy,
dejadme serlo como salga,
a golpes de caballo
o a ladridos;

dejádmelo llevar al lenguaje del ruido,
ardiendo como la basura,
por descomposición.

El bulto mismo de la mirada,
sus oleadas de pájaros incluso.

Incluso el cráneo con su forma
y la garganta.

Sus moscas incluso,
y sus tendones
participando en los movimientos de cuello y tórax;
la palpitación visceral, el alma,
el alma misma interior y esdrújula,
y el hambre también.

Allí cabía todo,
sí.
Incluso los pies.
Sólo quedaban fuera las espuelas.

La muerte me va rodeando palmo a palmo,
reduciéndome minuto a minuto
a mis siglos y segundos.

La muerte me va cercando,
me va asediando por fin.

Se van apoderando de mí teclas de máquina,
sondas, pistones, gruñidos, bocanadas de mosquitos.
La muerte me va siguiendo a mansalva,
diente a diente,
a coces y ladridos.

La muerte me va rodeando palmo a palmo,
midiendo por zancadas mi sombra y respiración.

No me queda tiempo para lanzar palabras completas,
sino a golpes o a patadas, brutalmente,
como puedo
desde mi trapecio.

Heme aquí muerte
cumpliendo mi grito casco a casco,
aquí,
rodando mi círculo,
cerrándolo con las uñas
como un cangrejo de pared.

Heme aquí
subido a la escala del cero,
al meridiano donde hablé e impuse mi vacío.

Y después,
cuando acabe este ruido,
formaré un murmullo con las manos
y en seguida un nuevo ritmo de brazos y tobillos
repetido en mil esquinas por cientos de articulaciones.

En seguida una rueda sonora,
desplegándose,
incontrolable y viva.

Ya me suena la cabeza a tierra,
ya tengo el hombro húmedo y bajo,
ya tengo la cabeza abierta como una cebolla.

Me suena la cabeza a tierra,
me suena entera y completa
y es un ruido vegetal que me va invadiendo,
que va subiendo por mí.
La noche me va entrando como un peine,
como un barco en la cabeza.

Ya me suena la cabeza a tierra
y es un grito de pájaros y puertas
y nueces,
un último caballo suelto, golpeándome.
Es un ruido de cabeza vacía
y ventrículos bajos,
sin ventilación.

U
no

habló poco.

Jenaro no habló.

Fue un grito final y desesperado;

la ropa de tela fina

las puertas y ojos vueltos hacía aquel ruido animal

de las ruedas girando en el aire.

El coche perdió la curva

y el puente lo dejó caer.

Jenaro no hizo casi resistencia

callado como estaba,

invisible por la sustancia de la noche.

Mi negra suerte,
mis ojos de pez incluso.
La vela mía rota, mis órganos propios,
mi clavo hincado en mi carne,
remachado y roto,
mis gafas incluso
van a quedar.
Va a quedar mi cielo negro,
mi sombrero y mis estrellas.

Pero mi cabeza no.
Mi cabeza va a caer,
van a desprenderse mis ventrículos,
mis esquinas van a perderse
y van a arrastrarme a mí
a la oscuridad y al silencio.

No va a quedar ni la respiración.

Me voy haciendo vacío,
me voy haciendo hueco y tierra,
me voy yendo,
me voy muriendo
como un agujero.

Soy nada,
soy ausencia y hombre,
algo nocturno y sordo
como la noche.

Me voy haciendo nada
y esperanza,
voy amaneciendo como un humano.

Heme aquí muerte.

Éste soy.

No ya la viga mayor,
sino el mar con su volumen y altura.

No ya el cráneo,
sino su ruido.

No el cuerpo,
sino la parte terminal,
la prolongación fin en bloque,
el hombre todo en forma y peso,

ahí,

plantado ahí,

implantado,

incrustado ahí,

cultivado,

deforme y futuro

en la inmensa soledad de la tierra.

He aquí al cabo de esta pértiga
mi cabeza,
mis ojos para la eternidad.
Mis manos comunes,
mi cuerpo común el cabo de esta pértiga
para la eternidad.

Éste es el arco final del puente mío,
éste mi árbol,
ésta es mi piel para la eternidad.

He aquí mi letra,
mi palabra,
heme aquí para la eternidad.

Daré al hueso lo del hueso
y a la mar le daré madera.

Pero mi camisa no,
ni mis gafas,

ni mi corazón, ni mi chaqueta.

Eso lo voy a tirar yo.

Eso va a morir conmigo en el puente de Alcolea.

Voy a cruzar Córdoba
de un suspiro,
de un impulso radical.

Voy a cruzar Córdoba de un latido,
de un silbido radical.

Renuncio a la inserción del vientre en la espalda.
No quiero más que mi espina,
chuparla y chuparla hasta que salten sus estrellas.

En Aranjuez va formándose una dilatación en el aire,
un nudo de hombres y tierra
que llaman Tajo;

en Córdoba un vacío, en Córdoba un suspiro
que llaman muerte.

El puente de Alcolea va a caer.

Va a caer como un bulto.

Va a caer como una cabeza.

El río va a pasar.

Pero va a pasar sin puente.

Va a pasar como el Duero,

solo.

El puente de Alcolea va a caer.

Y va a caer solo,

casi sin río

ni esperanza de mar ninguno.

Va a quedar roto,

hundido en el agua.

Mí corazón ya ha caído.

Mi corazón y mi chaqueta.

Sólo falto yo.

Yo caeré con el puente.

Morir en Madrid,
o en Venecia,
o en Austria.

O morir aquí en los límites de esta mesa.
No quiero saber más que de árboles y tierra,
como el Duero,
más que de estrellas y agua
como Granada.

Quiero morir aquí en los límites de esta mesa.

Soy un puente roto,
soy un pájaro de noche, nocturno y roto.
Soy como el Duero,
que ha desaparecido hasta para mí.

Morir en Madrid,
o en Venecia,
o en Austria.
O morir en esta palabra mía
y que signifique el fin.

Esta oscuridad que va cayendo sobre mí
es mi sombra.

Este mi tiempo agosto,
mi tiempo final,
mí dimensión de frutas y maleza.

Quien habla soy yo.

Pero casi no hablo.

Hablo en la encrucijada de la plancha y la tela
con el sombrero al borde de la mesa
y el alma colgando,
con los pies afuera,
como un objeto almidonado.

El tren de Olvera,
que nunca partió ni llegó,
que quedó en humo.

La curva de Olvera,
que quedó en muerte,
y en silencio,
y en distancia.

Y los ocupantes,
que quedaron en nada,
que quedaron en muerte,
suspendidos
en la densidad de la noche.

Una oscuridad
que va subiendo por mí
como un pez.

Un silencio que me va envolviendo
como un trapo,
llenándome los huecos de la cara,
ocupándome
como un tubo.

Un vacío,
un gran vacío
esta muerte mía
plantada en mí como árbol.

Después fue Burgos.

Después, Plasencia y su estrella negra.

Y el cuerpo.

Y el traje también se le escapó.

Se le escapó su punto solar

y su chimenea de humo

y su mar,

como un agujero verde.

Sólo los ojos, empuñaduras grandes de carne,

barrotes de hielo,

cupieron por la ventana.

El coche caído
con su sufrimiento de sol final,
las pestañas desiertas,
el espacio de la frente desierto
sin aeroplanos ni moscas,
sin deseos de nudos, ni lazos,
la piel sin emociones
como un pandero.

El pescuezo quedó como un dedo aislado,
sin tráquea ni firmamento.

Ya

no diré más.

Mi tiempo y palabra han terminado.

Ahora,

y luego y después,

no diré nada,

nada más

de nada.

Ni de esto que pensaba decir y casi no he dicho.

Ya no soy ni garganta ni palabra.

No soy ni ruido.

El aire va entrando por las rendijas del cuarto

y es como un silencio de pinos y tierra

que me va envolviendo.

A esto he venido;

tíradme,

rompedme ya.

La voz no le dio para más castillo
ni para más nieve sus montañas.
Quedó sin impulsos
aquel nudo de nervios.
Un bulto vacío
aquella cara sin sonrisa,
sin monedas ni guerra,
sin condesa posterior
aquella cabeza sin caballos,
los dientes tan blancos,
sin insectos futuros,
sin posibilidad de muerte,
tan entero,
tan vivo.

Mientras

fue corrido a la sombra
sentado en su silla.

Mientras iba muriendo.

Y moría en la sombra
y la muerte iba cerrándole
parte a parte,
dejándolo, de pies a cabeza,
vacío.

Y por fin,
mientras,
al pie del agua y la fruta
la muerte
lo cerró como un libro.

Pienso en ti
a gritos
y a zancadas
y a zumbidos.

Pienso en ti
a golpes
y a silbidos

con mi máquina entera lanzada al galope.

Fíjate,
me voy muriendo de la pretina a la manga,
con el puro derretido entre los dedos,
y pienso en ti
con las mandíbulas,
como se piensa en la noche.

Me voy a callar por dentro,
animalmente,
con espalda y tendones.

Me voy a callar
con mis gritos por dentro,
creciéndome,
haciéndose fuertes en mí.

Me voy a callar a ladridos,
y a gritos,
con mi silencio por dentro.

Porque dentro,
en mi silencio,
va subiendo un grito,
tomándome al asalto.

Espera un instante,
quiero hablarte
en voz baja
y por señas.

Espera,
párate un instante
al lado mío.

Te quiero pedir por señas
que se oiga todo lo tuyo.
Que lo digas a dos manos
con ojos y ríñones.
Te quiero pedir,
centímetro a centímetro,
que sueltes tus masas de insectos
y digas por fin en qué consisten los árboles
por encima de las hojas.

Espera.
Espérate un instante.
Hablame a puñados.
Responde.

Casi ni se movió.
No apartó ni la mirada.
Estaba sentado
y permaneció sentado.
No separó ni las piernas.

Quiso hablar y
no pudo.
La Muerte le ocupó la cara.

Después cayó la cabeza.
No separó ni las piernas.

Febrero fue más fuerte que la lluvia.
Lo arrancó de la silla.
No le dejó llegar a marzo como él quería.

METAMORFOSIS

De alguna forma,
por algún resquicio,
voy a volver.

En algún átomo de carbono,
transformado en bacteria
o plástico,
voy a volver.

No voy a dejarme morir hasta en mis estrellas,
no,
vivo como estoy de arriba abajo.
Pienso volver.
Voy a volver.

Yo
conozco la tenacidad de mis moléculas.